

RAFAEL MOLINA SANCHEZ “LAGARTIJO”

Miguel Fernández Lapaz

Para escribir sobre este gran artista y torero como fue Lagartijo tendré que enfundarme en el capote torero de mis sentimientos para que los duendes de mis verónicas estén a mi lado viendo lo que siento.

El mote de Lagartijo se lo pusieron los pastores de una ganadería la cual tenía una tapia que se saltaba para torear y como estaba tan delgado la saltaba con agilidad tanto para adentro como para afuera, por ello los pastores cuando le veían decían: ya está aquí el Lagartijo.

Figura de gran esplendor que es lo que ahora tengo en la memoria para fijar en ella mi atención y colmarla de elogios.

Este célebre torero cordobés nació en la capital de la Mezquita el 27 de noviembre de 1841 y fue hijo del modesto banderillero Manuel Molina “Niño de Dios”. De muchacho formó parte de la cuadrilla de becerristas organizada por Camará. Más tarde ingresó en lo de su paisano el infortunado “Pepete” y empezó a obtener nombradía y entrar en la de “Gordito” en cuya época, unas veces con los palos y otras con la espada –en sus repetidos intentos de ser matador- logró muchos y sonados triunfos que le decidieron a tomar la alternativa. Le fue otorgada esta por Cayetano Sanz el 15 de octubre de 1865 en la plaza de Madrid actuando de segundo espada el mencionado “Gordito” y el patilludo maestro Cayetano le cedió la muerte del toro “Barrigón” de Doña Gala Ortiz, si bien el repetido Antonio Carmona ya le había cedido los trastos en Úbeda el 29 de septiembre anterior.

Frascuelo tomó la alternativa dos años después y en el siguiente toreando ambos en Granada comenzó aquella competencia noble entre estos dos colosos la cual había de durar hasta que en 1890 se retirara Salvador. De un lado está la valentía insuperable de este y su pundonor, su amor propio, su bravura impresionante al dar grandes estocadas, y la eficacia de su toreo seco pero todo verdad y el otro estilo puro grave y florido, a la par gentil, flexible, sobrio y afiligranado al mismo tiempo de Lagartijo.

En los diez primeros años de aquella lucha fue este también un gran matador y un torero de arrestos espectaculares y después hombre cauto inventó lo que él llamaba su medicina el paso atrás al entrar a matar para hacer menos perceptible el cuarteto. En esta forma y dando el brazo derecho un giro especial intuitivo e incopiable, dejaba en lo alto media estocada a la que se dio el nombre de <Lagartijera>, denominación que hoy emplean algunos como elogio sin saber que se funda en una ventaja, en un tranquillo, y con aquellas medias estocadas se fue defendiendo como matador..... cuando no pinchaba más de la cuenta. Y ya que hablamos de inventos digamos que fue creación suya la larga cordobesa en cuya ejecución era inimitable.

El bando –lagartijista- fue el más numeroso, en él figuraron todos los artistas, literatos y políticos de su tiempo para él inventó Mariano de Cavia el hiperbólico apelativo de califa fundándose en que Rafael era en el toreo lo que en la España árabe fue el primer califa de occidente Abderraman I al reinar en Córdoba en el siglo VII. Todas las plumas se mojaron en miel hiblea para exaltarle.

Magnífico con el capote, portentoso banderillero, maestro insuperable en sus días con la muleta y hábil matador después de serlo muy denodado durante dos lustros. Así fue Lagartijo.

De cuanto nos referimos a su figura física se saca en consecuencia que los tratadistas de la estética del toreo nunca pudieron creerse tan cerca de la fijación de las leyes fundamentales de la misma como contemplando a Rafael Molina en cualquier actitud y eso que no puede ser descrito que solo viéndolo se comprende no es fácil reflejarlo al hacer el estudio de quien tan avasalladora corriente de fervores supo producir.

Al retirarse en 1893 a los cincuenta y un años de edad después de hacer veintisiete temporadas como matador de toros se despidió de las poblaciones siguientes: el 7 de mayo en Zaragoza, el 11 en Bilbao, el 21 en Barcelona; el 28 en Valencia y el 1 de junio en Madrid, dándose un curioso caso en esta capital de que por ser aquel día la festividad del Corpus y como la procesión que debía de celebrarse por la tarde impedía la asistencia de muchas personalidades a la corrida se consiguió que dicha manifestación religiosa se diera por la mañana. Y por cierto, que esta última corrida de Lagartijo, la de su despedida de Madrid, constituyó un tremendo fracaso artístico. En cada una de estas cinco corridas dio Rafael muerte él solo a seis toros del Duque de Veragua excepto en Zaragoza que fueron del Conde de Espoz y Mina, antes de Carriquiri.

Poco castigado por los toros solamente sufrió un percance grave una cornada en el brazo derecho ocasionada por el toro –Carretelo-de Bermúdez lidiado en Madrid el 22 de junio de 1873.

Hombre discreto en su vida de relación, de atrayente simpatía, bondadoso y muy caritativo, su muerte ocurría en Córdoba el 1 de agosto de 1900 y produjo duelo general.